

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ☆ BARCELONA, agosto de 1895 ☆ NÚMERO 47



FRENTE AL HURACÁN

Estaba á punto de penetrar en una depresión del terreno, cuando de pronto observé una gran diferencia en el aspecto del cielo

SUMARIO

Frente al huracán. — Pizarro (continuación). — Pensamientos

FRENTE AL HURACAN

POR AUDUBON EL NATURALISTA

Había salido del pueblo de Shawney, situado en las orillas del Ohio, á mi vuelta de Henderson, que también se halla en las márgenes de aquella magnífica corriente. El tiempo era agradable y, á mi modo de ver, no más caluroso que lo regular en aquella estación. Mi caballo avanzaba tranquilamente, y mis pensamientos, al menos por entonces, eran todos para mis especulaciones comerciales.

Acababa de vadear la caleta de Highland, y estaba á punto de penetrar en una depresión del terreno, ó más bien un valle, situado entre aquel punto y la caleta de la Canoa, cuando de pronto observé una gran diferencia en el aspecto del cielo: una espesa niebla se extendía por el paisaje, y durante un rato temí un terremoto. Pero mi caballo no manifestaba inclinación á detenerse ni prepararse para semejante caso. Había llegado casi al límite del valle, cuando me pareció prudente hacer alto junto á un torrente, y desmonté para apagar la sed que de pronto experimenté.

Con las rodillas apoyadas en tierra acercaba ya mis labios al agua, cuando á causa de la proximidad de mi oído con la tierra percibí un lejano murmullo tan singular como extraordinario. No obstante, bebí, y al ponerme en pie y mirar hacia el SO. observé una mancha oval de color amarillo, cuyo aspecto me era desconocido del todo.

Poco tiempo tuve para entregarme á mis reflexiones, pues á los pocos momentos comenzó á soplar una brisa penetrante que agitaba las copas de los árboles más altos. A poco aumentó su violencia, y vi caer las ramas más pequeñas, que pronto se diseminaron en un considerable espacio de terreno. Apenas hubieron transcurrido dos minutos, pareció que el bosque se movía violentamente; y acá y allá, allí donde un árbol se oprimía contra otro, produciéndose un crujido, como si se troncharan. Volviéndome entonces en la dirección de donde soplaba el viento, vi con el mayor asombro que los árboles más altos del bosque inclinaban sus elevadas copas, y, no pudiendo resistir, al parecer, la fuerza del viento, caían destrozados. Primeramente se rompían las ramas y después la parte superior de los macizos troncos, y observé que en algunos sitios habían caído árboles gigantes que estaban completamente tendidos en tierra. Tan rápido era el progreso de la tempestad, que antes de que pudiera pensar en adoptar medidas para refugiarme en lugar más seguro, el huracán pasaba frente al sitio donde yo permanecía. Jamás olvidaré la escena que en aquel momento se produjo: las co-

pas de los árboles se agitaban con fuerza en la corriente central de la tempestad, que arrastraba consigo troncos, tallos y follaje en tal cantidad que oscurecía la vista. Algunos de los árboles más corpulentos se doblaban como cañas; otros eran arrancados de cuajo, y no pocos, después de resistir momentáneamente, caían desarraigados en tierra. Todos aquellos restos del bosque, mezclados con el polvo, formaban remolinos, como si fueran una nube de plumas, y al pasar dejaban ver los troncos partidos y montones informes que señalaban el paso de la tempestad. El espacio que esta última abarcaba tenía un cuarto de milla de anchura, y parecía el lecho del Misisipí, con sus diez mil plantadores diseminados en el terreno. Aquel ruido espantoso asemejábase al que producen las grandes cataratas del Niágara: era imponente, terrorífico y aterrador, y experimenté una indecible impresión de angustia.

La principal fuerza del huracán había pasado ya; pero aún seguían la corriente del viento, como atraídos por alguna fuerza misteriosa, millones de tallos y ramas, arrancados muy lejos de allí. Algunas horas después, aún flotaban en el aire, como sostenidos por la densa nube de polvo que se elevaba á gran altura sobre el suelo.

El cielo presentaba un color verdoso, y en la atmósfera percibíase un olor de azufre sumamente desagradable. Permanecía inmóvil, poseído de asombro, sin haber recibido daño alguno, hasta que la Naturaleza recobró, al fin, su aspecto normal. Durante algunos momentos vacilé entre volver á Morgantown ó hacer un esfuerzo para abrirme paso á través de la línea que la tempestad había seguido; pero como debía evacuar una diligencia urgente, me aventuré en el paso de la tempestad, consiguiendo evacuarla, al fin, no sin hallar innumerables dificultades. Me vi obligado á conducir mi caballo por la brida para que pudiese saltar sobre los árboles caídos, mientras yo trepaba sobre ellos ó pasaba por debajo, según su posición, de la manera que me era posible. Al llegar á mi casa y referir lo que acababa de ver, sorprendiéronme mucho al decirme que apenas había soplado el viento en las inmediaciones, aunque en las calles y jardines se desprendieron de los árboles muchas ramas, con gran asombro de los que lo vieron.

Después del incidente circularon muchas noticias extraordinarias sobre los devastadores efectos del huracán. Según se nos dijo, algunas cabañas construidas con troncos de árboles quedaron destruidas, pereciendo con ellas sus habitantes; un amigo me aseguró que un hombre había sido arrastrado á la distancia de muchas millas por el viento, y que en la bifurcación de un árbol muy corpulento, desarraigado en parte, se había encontrado una vaca entre dos gruesas ramas. Sin embargo, como no estoy dispuesto á referir sino aquello que yo he visto, absteniéndome de cuanto pueda ser una exageración, me limitaré á decir que aquel inesperado huracán ocasionó inmen-

esos destrozos. El valle es todavía un lugar desolado, lleno de troncos y ramaje que interceptan la entrada, y convertido ahora en guarida de animales dañinos, que se refugian allí cuando son perseguidos por el hombre, ó después de cometer sus depredaciones en las granjas de las cercanías. He cruzado el paso de la tempestad á la distancia de unas cien millas del sitio donde primero la ví, y después á cuatrocientas más allá, en el estado del Ohio. Después observé las señales de sus destrozos en las montañas que se comunican con los grandes pinares de Pensilvania, á trescientas millas del punto ya citado. En todos esos puntos, me parece que la línea que el huracán siguió no tenía más de un cuarto de milla de anchura.

PIZARRO

(Continuación)

Durante la excursión, Pizarro tocó en varios puntos donde antes había desembarcado, y en uno de ellos, que los españoles llamaron Santa Cruz, fué invitado por una dama india de la clase superior, quien ofreció á los españoles una generosa hospitalidad. Pizarro, después de manifestar los motivos de su visita, desarrolló la bandera real de Castilla y rogó á la dama y á sus servidores que la levantasen en señal de alianza con su soberano. Todos lo hicieron, riéndose mucho, sin tener idea del carácter solemne de aquella ceremonia. Pizarro volvió á Túmbez, y algunos de sus hombres manifestaron deseos de quedarse allí, á lo cual accedió su jefe, pensando que sería útil encontrar á su regreso á varios de los suyos instruidos en el lenguaje y las costumbres de los naturales. También se llevó consigo dos ó tres peruanos con el objeto de enseñarles el español, figurando entre ellos un joven á quien los aventureros dieron por nombre Felipillo.

Al llegar á Panamá produjeron mucha sensación, pues pocos esperaban volver á verlos nunca. Las noticias que dieron sobre la riqueza y fertilidad de los países visitados ocasionaron mucha alegría; mas el gobernador, Pedro de los Ríos, los rechazó cuando le pidieron confidencialmente su patrocinio y ayuda, limitándose á contestar con frialdad «que no deseaba erigir otros Estados á expensas del suyo propio, y que nada le induciría á exponer más vidas de las que se habían sacrificado ya para adquirir un poco de oro y algunos juguetes de plata.»

Desanimado por esta negativa, sin fondos y casi agotado su crédito por los gastos anteriores, los asociados quedaron muy perplejos; y en aquel apurado trance, Luque sugirió la idea de apelar al auxilio de la misma Corona. Después de muchas discusiones, acordóse que Pizarro se encargara de la misión, y poco después emprendió el viaje, llevando consigo adornos de oro y plata, algunos indígenas y va-

rias llamas, como testimonio de sus maravillosos descubrimientos.

Pizarro encontró al emperador en Toledo. Fué muy bien recibido, y, habiendo hecho el relato de su viaje, expresándose con tanta sencillez como elocuencia y mostrando los diversos objetos que llevaba, excitó el interés de Carlos V, que le recomendó muy favorablemente al Consejo de las Indias. Sin embargo, el asunto se prolongó en gran manera, hasta que, al fin, la reina, encargada de resolver, dió la memorable *Capitulación* del 26 de junio de 1529. Por este documento concedíase á Pizarro el derecho para descubrir y conquistar en la Provincia del Perú, ó Nueva Castilla, en la extensión de doscientas leguas al S. de Santiago. Concedíansele los títulos y categoría de Gobernador y capitán general de la provincia, juntamente con los de Adelantado y Alguacil Mayor perpetuo. Se le asignaba el sueldo de 725,000 maravedises, con la obligación de tener ciertos oficiales y ayudantes militares, correspondientes á la dignidad de su cargo. Se le otorgaba también el derecho de erigir algunas fortalezas, con el absoluto gobierno de ellas; señalar encomiendas de indios, bajo las restricciones prescritas por las leyes, y, por último, tendría todas las prerrogativas inherentes á la autoridad de virrey.

A su asociado Almagro se le nombraba comandante de la fortaleza de Túmbez, con el sueldo anual de 300,000 maravedises, concediéndosele, además, la categoría y privilegios de hidalgo. El reverendo P. Luque recibió la recompensa de sus servicios con el obispado de Túmbez, y también se le declaró Protector de los indios del Perú, asignándosele el sueldo de 1,000 ducados anuales, que se tomarían, así como las demás sumas y gratificaciones, de las rentas que produjese el territorio conquistado.

Ruiz obtuvo el título de Gran Piloto del Océano del Sur, también con muy buenos honorarios; á Candía se le nombró jefe de artillería, y á los demás compañeros de Pizarro en la desolada isla se les reconoció la categoría de hidalgos y caballeros, prometiéndoseles ciertas dignidades municipales.

Pizarro, por su parte, estaba obligado á reunir en seis meses, á contar desde la fecha del documento, una fuerza de doscientos cincuenta hombres bien equipados, debiendo ayudarle el Gobierno en la compra de cañones, pertrechos militares y víveres. Por último, en dicho plazo de seis meses, después de su regreso á Panamá, debía salir de este puerto con su expedición.

Fué muy de tener en cuenta la circunstancia de que los más altos y lucrativos cargos recayesen en favor de Pizarro, con la exclusión de Almagro; y no fué poco el descontento de este último cuando supo el resultado de lo que consideraba como consecuencia de la especie de las maquinaciones de su socio. Por eso declaró su intención de proseguir la empresa sin auxilio alguno de Pizarro; pero Luque intervino, y efectuóse, al menos aparentemente, una reconciliación.

Pizarro hizo un viaje á Trujillo, su pueblo natal, donde encontró amigos y entusiastas que deseaban participar de su buena fortuna.

la Capitulación, Pizarro tenía organizada ya casi del todo la fuerza que debía operar bajo sus órdenes, según lo estipulado; y sin pérdida

FRENTE AL HURACÁN: Vi con el mayor asombro que los árboles más altos del bosque inclinaban sus elevadas copas...



Entre ellos figuraban cuatro hermanos: Francisco Martín de Alcántara, y Gonzalo; Juan y Hernando Pizarro.

Transcurridos los seis meses otorgados por

de tiempo se hizo á la vela en el mes de enero de 1530, en dirección á la isla de la Gomera, una de las Canarias. Después hizo rumbo para el puerto de Santa Marta; pero allí recibieron

noticias tan desfavorables sobre los países que debían visitar, que varios hombres desertaron, | vos de viaje; pero había poco estímulo entre los colonos de Panamá. De modo, que toda la



PIZARRO: Volvió con el noble cuadrúpedo, acercándolo tanto al inca, que el resoplido del animal le humedeció el rostro

y entonces Pizarro marchó á un punto llamado Nombre de Dios.

No se perdió tiempo en hacer los preparati-

los, y la fuerza reunida, no excedió de ciento ochenta hombres y veintisiete caballos.

El día de San Juan Evangelista consagraron-

se las banderas y el estandarte en la iglesia catedral de Panamá; hubo sermón, y se administró el Sacramento á todos los soldados. Después, Pizarro y los suyos pasaron á bordo, é hicieron á la vela tres barcos para emprender la tercera y última expedición que tenía por objeto la conquista del Perú: era el mes de enero de 1531.

Al cabo de trece días anclaron en la bahía de San Matías, donde Pizarro resolvió desembarcar sus fuerzas. La marcha fué ruda y penosa en extremo: las corrientes iban crecidas por efecto de las lluvias, y fué preciso vadear los torrentes ó cruzarlos á nado como mejor se pudo.

Al fin, llegaron á un considerable caserío de la provincia de la Coaque: los españoles se precipitaron sobre él, y los habitantes huyeron atemorizados á los bosques próximos. Sin la menor vacilación, los invasores penetraron en las viviendas, en las cuales vieron, además de muchas telas de diversas especies, y gran cantidad de víveres, numerosos adornos de oro y plata, y piedras preciosas, pues aquella era la región de las esmeraldas: una de éstas, que cayó en manos de Pizarro, tenía las dimensiones de un huevo de palomo; pero, desgraciadamente, aquellos rudos hombres no sabían el valor de tales piedras, y rompieron muchas golpeándolas con sus mazas.

El tesoro hallado se depositó en un montón común: dedújose una quinta parte para la Corona, y lo demás se distribuyó en debidas proporciones entre los oficiales y subalternos.

Pizarro, observando su acostumbrada política, envió á Panamá una gran cantidad del oro, presumiendo que la vista de tanta riqueza, tan prontamente adquirida, desvanecería las dudas de los que aún vacilaban, induciéndoles á ir á reforzar la tropa de Pizarro. No se engañó, y hé aquí lo que en tal ocasión escribía uno de los conquistadores:

«Dios quiso que diéramos con la ciudad de Coaque, donde las riquezas del país bastaban para despertar la codicia de los más indiferentes.»

Pizarro continuó su viaje á lo largo de la costa; pero los barcos volvieron á Panamá á declaróse una extraña epidemia, bajo la forma de úlceras, que no perdonaba á los indígenas recoger reclutas. El brillo de la luz en el terreno que recorrían era deslumbrador, y la atmósfera sofocante; mas como si esto no bastara, ni á los blancos, habiendo muerto muchos á consecuencia de la terrible enfermedad.

Exhaustos por las continuas marchas y contrariados por la pobreza del país, los soldados de Pizarro maldijeron la hora en que se alistaron bajo su bandera. En esta crisis, el ejército se regocijó á la vista de un barco procedente de Panamá, que llevaba víveres, conduciendo también al tesorero real, al inspector, al administrador y otros altos funcionarios, nombrados por la Corona para acompañar á la expedición. Los españoles avanzaron esta vez hasta Puerto Viejo, á donde llegó poco después un refuerzo de treinta hombres al mando

de un oficial llamado Benalcázar. Muchos de los secuaces de Pizarro hubieran querido quedarse allí para fundar una colonia; pero aquel jefe pensaba más en conquistar que en colonizar, y propuso apoderarse de Tumbéz. Prosiguiendo su marcha hacia las orillas de lo que ahora conocemos con el nombre de Golfo de Guayaquil, avistó la pequeña isla de Puná, á no muy larga distancia de la bahía de Tumbéz. Una diputación de los indígenas cruzó con balsas para dar la bienvenida á los españoles; pero los intérpretes indios de Tumbéz, que habían vuelto con Pizarro de España, advirtieron á su señor que debían estar alerta contra la meditada traición de los isleños, á quienes acusaron del propósito de aniquilar á los españoles destruyendo sus barcos. No obstante, cuando Pizarro acusó al cacique de su pérfida trama, éste negó con tal aire de inocencia, que el jefe se fió de él, y fué conducido sano y salvo á las orillas de Puná.

Aquí fué recibido de la manera más hospitalaria, y se proporcionaron á sus tropas cómodos alojamientos, por lo cual Pizarro resolvió ocupar aquella posición hasta que hubiese pasado la estación de las lluvias, por que entonces la llegada de los refuerzos que esperaba le permitirían mejorar de condición para marchar al país de los Incas.

La isla se halla en la desembocadura del río Guayaquil; sus valerosos é independientes habitantes habían opuesto una tenaz resistencia á las armas de los Incas, y, aunque, al fin, cedieron, habían estado desde entonces bajo el feudo de sus vecinos de Tumbéz.

Apenas estos últimos tuvieron noticia de la llegada de Pizarro á la isla, acudieron en bastante número al cuartel general de los españoles. La presencia de sus rivales no agradó á los envidiosos habitantes de Puná, y la prolongada permanencia de los blancos en su isla no podía menos de serles molesta.

Los intérpretes de Pizarro le pusieron de nuevo en guardia contra la proverbial perfidia de los naturales; y, despertadas así sus sospechas, Pizarro averiguó que algunos de los jefes se habían reunido para deliberar sobre un proyecto de insurrección. No queriendo esperar á que reventase la mina, rodeó de soldados el lugar donde se trataba de celebrar la conferencia, é hizo prisioneros á los jefes sospechosos. Pizarro quedó convencido de que se tramaba una conspiración, y entregó á los cautivos, en número de diez ó doce, á sus rivales de Tumbéz, que los asesinaron al punto ante sus ojos.

Enfurecido por este agravio, todo el pueblo de Puná corrió á las armas y precipitóse sin vacilar, con gritos y amenazas, sobre el campamento de los españoles. Contaban con muchos partidarios, pues reunieron varios miles, pero las armas y la disciplina estaban de parte de sus antagonistas, y cuando los indios avanzaron en confuso tropel, los españoles les recibieron fríamente con sus largas picas, obligándoles á retroceder después por las descargas de mosquetería. Hernando Pizarro, po-

niéndose á la cabeza de la caballería, dióles una carga y los diseminó, hasta que, al fin, poseídos de pánico, buscaron refugio en sus bosques.

Solamente tres ó cuatro españoles cayeron en el combate; pero muchos estaban heridos, incluso Hernando Pizarro, á quien una jabalina atravesó una pierna.

Los implacables isleños mantuvieron á los españoles en un estado de continua alarma, pues siempre estaban dispuestos á sorprender el campamento enemigo, cerrar el paso á sus partidas sueltas y destruir las provisiones.

No tardaron en llegar dos barcos, conduciendo cien voluntarios y caballos, á las órdenes de Hernando del Soto, capitán que fué después famoso como descubridor del Misisipí.

Pizarro supo por los indios de Tumbéz que el país había sido algún tiempo teatro de la guerra civil entre dos hijos del último soberano, que aspiraban al trono; llamábanse Huascar y Atahualpa, y este último había hecho, al fin, prisionero á su real hermano. A Pizarro le pareció la noticia de grande importancia, pues recordaba como Hernán Cortés se había utilizado de semejantes disensiones entre las tribus de Anahuac.

Pizarro resolvió hacer una incursión en Tumbéz; la mayor parte de su gente le acompañó en los barcos, mientras que el resto debía transportar sus bagajes y víveres en algunas balsas. De estas últimas, la primera que llegó á la orilla se vió de pronto rodeada de enemigos; los naturales se apoderaron de tres hombres, lleváronlos á los bosques contiguos y los asesinaron. Después los indios quisieron apoderarse también de la balsa que conducía el guardarropa de Pizarro; pero como los que la defendían dieran gritos pidiendo ayuda, Hernando Pizarro los oyó por haber desembarcado un poco más allá, y precipitóse á prestar socorro. Un extenso espacio cenagoso inundado de agua se interponía entre él y los hombres atacados por los indígenas, y el fondo era blando y peligroso; pero el atrevido caballero espoleó su caballo, y, seguido de sus hombres, con cieno hasta las sillas, cayeron poco después sobre los merodeadores, que huyeron á los bosques. Cuando Pizarro entró en Tumbéz quedó mudo de asombro al ver no solamente que la localidad estaba desierta, sino que, excepto algunas casas, todo estaba demolido. Destacó inmediatamente un reducido cuerpo de tropas en persecución de los fugitivos, y después de una ligera escaramuza hicieron varios prisioneros, entre los cuales hallábase el curaca, ó jefe de la localidad. Este último se excusó, diciendo que la violencia que los blancos habían sufrido de los indígenas se cometieron sin saberlo él, y explicó el estado de la ciudad, diciendo que los destrozos se debían á las guerras cuando las tribus de Puná. Pizarro preguntó qué había sido de sus dos servidores, que él había dejado en Tumbéz; pues las respuestas fueron oscuras y contradictorias, si bien se supo después que los dos habían perecido. Esto entristeció á los españoles, y no die-

ron crédito á la autenticidad de un pedazo de papel que Pizarro obtuvo de uno de los indios, quien lo había recibido de uno de los blancos que el conquistador dejara en el país.

«Sabad,—decía,—quienquiera que seáis, que aquel que llegue á sentar pie en el país, encontrará más oro y plata que hierro hay en Vizcaya.»

Se creyó que esto era un ardid del capitán para avivar sus deseos.

Pizarro echó de ver muy pronto que no le convendría permanecer más tiempo donde se hallaba, y, en su consecuencia, resolvió dejar parte de su fuerza en Tumbéz y marchar con el resto por el interior para reconocer el país. Empezó su excursión en los primeros días de mayo de 1532, y, por de pronto, los indígenas rara vez le opusieron resistencia; pero cuando lo hacían no tardaban en quedar sometidos. Pizarro proclamó en todas partes que iba en nombre del Sagrado Vicario de Jesucristo y del Soberano de España, para exigir obediencia á los habitantes; y como aquella gente sencilla no veía nada de particular en una fórmula de la cual no comprendían palabra, reconocíase á los habitantes como súbditos de la corona de Castilla, legalizándose el acto de homenaje por medio de notario.

Al cabo de tres ó cuatro semanas, Pizarro convino en que el mejor lugar para establecer su centro de operaciones sería el valle de Tangarala, á treinta leguas al S. de Tumbéz, cruzado por más de una corriente que abre comunicación con el Océano. Allí mandó edificar una iglesia, un palacio de justicia, un almacén para víveres y provisiones, una fortaleza y otras muchas construcciones. Se organizó un gobierno municipal, y dióse á la ciudad naciente el nombre de San Miguel, en agradecimiento á la protección que los españoles suponían que el santo les había dispensado en las batallas de Puná.

Pizarro esperó refuerzos; pero como no llegaban, reunió una fuerza de menos de doscientos hombres, reservando cincuenta para proteger la nueva colonia, y resolvió presentarse con su puñado de secuaces al monarca indio en su propio campamento, emprendiendo la marcha el 24 de septiembre de 1532.

Las tropas estaban bastante bien equipadas y en buena condición; pero Pizarro observó que algunos parecían descontentos, y sin vacilar adoptó una resolución extraordinaria. Reuniendo á toda su gente, dijo «que se había producido una crisis extraordinaria en sus asuntos, y que para combatirla era necesario que todos diesen las mayores pruebas de valor. Por lo tanto, no debía tomar parte en la expedición ninguno que no se hallara con ánimo de arrostrar todos los peligros, ó que temiese sobre el resultado, y, en su consecuencia, todo aquel que vacilara estaba á tiempo para retroceder. En San Miguel había escasa guarnición y no estaría de más reforzarla. Los que así lo quisiesen podían permanecer donde estaban, y no por eso dejarían de tener el mismo derecho á su parte de botín. Con los que se quedaran á

su lado, pocos ó muchos, proseguiría su empresa hasta el fin.»

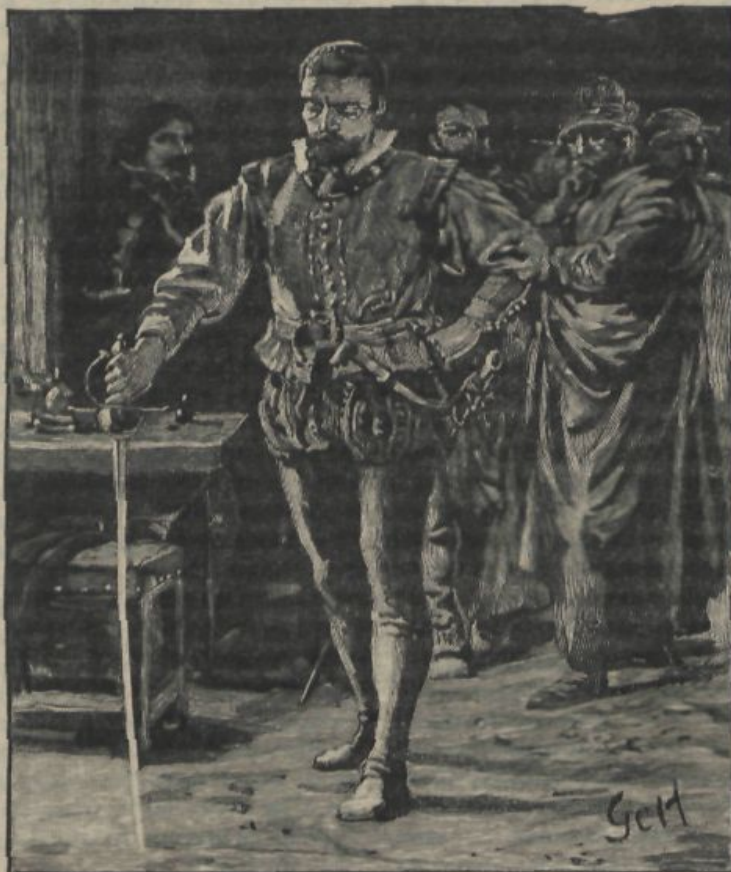
Aventurada era la proposición para un jefe que sabía cuánto era el descontento en las filas, y que apenas podía prescindir de un hombre; mas, aunque la oferta era muy aceptable, solamente nueve individuos se aprovecharon del permiso de su jefe.

Pizarro avanzó poco á poco hacia el campamento inca, esperando siempre que se le agre-

mos con la mejor voluntad! ¡Ya veréis como sabremos cumplir con nuestro deber en la causa de Dios y del rey!

Al amanecer del día siguiente, Pizarro se puso á la cabeza de la vanguardia, compuesta de sesenta infantes y cuarenta caballos, mientras que el resto de la fuerza, á las órdenes de su hermano Hernando, recibió orden de permanecer donde estaba hasta nuevo aviso.

(Se concluirá)



PIZARRO: Desenvainando su acero, trazó con él una línea...

garian refuerzos; pero ninguno llegó; y, habiendo anunciado por todas partes que iba al campamento de los Incas, propósito que comunicó á estos últimos, no quedaba más alternativa que seguir adelante ó ser tratado de cobardía y merecer el desprecio de Atahualpa.

—Que cada uno de vosotros,—dijo Pizarro,—dé pruebas de tener corazón, y siga adelante como buen soldado, sin que le arredre la escasez del número de sus compañeros, pues en los grandes apuros Dios protege siempre á los que le reverencian, y nadie debe dudarlo. Humillará el orgullo de los paganos, haciéndoles reconocer la verdadera fe, el gran objeto de la conquista.

—¡Adelante!—gritaron sus soldados.—¡Conducidnos á donde os parezca mejor! ¡Seguire-

»»»» PENSAMIENTOS ««««

—Los sanos consejos que se dan á los niños han de ser como sus juguetes: ingeniosos.

—La experiencia es la demostración de las demostraciones.

—La verdad entra en los palacios de los reyes, cuando se rompen sus puertas.

—El país del matrimonio tiene la particularidad de que los extranjeros quisieran habitar en él, y los naturales quisieran ser desterrados del mismo.

—Los hombres son vanos, injustos, inconsecuentes en sus juicios: los mismos que os trataban como á una fiera, pasados algunos días os considerarán como á un Dios.

==ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA==

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA